

---

## Boletín de Estudios Geográficos

---

MARIANO ZAMORANO

### ACTUALIZACIÓN DE LO GEOGRÁFICO PREJUICIOS Y ERRORES EN HISPANOAMÉRICA

#### 1. INTRODUCCIÓN.

En lo que va del siglo, la geografía ha precisado notablemente sus alcances, su orientación y su contenido, y establecido adecuadamente su contacto con otras disciplinas. Sobre esa base, o bien tomando como punto de mira la necesidad de lanzarse al trabajo prescindiendo de discusiones bizantinas, hoy puede observarse la considerable acumulación de materiales provenientes de estudios regionales de distintas partes del mundo. Especialmente los geógrafos franceses y alemanes brindan, en sus libros y en sus publicaciones periódicas, ejemplos acabados del ahondamiento en diferentes porciones de la superficie terrestre, en los que atienden primordialmente a la captación de las combinaciones locales de hechos y fenómenos. Ese espíritu de integración, de aprehensión cuidadosa de las mutuas conexiones que se dan en los diversos sectores del planeta, orienta y preside la gran mayoría de las investigaciones que se emprenden, y es una conquista afirmada que marca un claro derrotero al trabajo de los geógrafos. La dominación del espacio, cuyas distancias se reducen cada vez más para el hombre, y la aspiración —tan llena de concomitancias políticas— de acometer en escala planetaria la organización de las sociedades humanas, van limitando paulatinamente la labor a un solo objetivo y afirmando la justeza del método geográfico en su búsqueda de la confluencia de los elementos físicos y biológicos que explican parcelaria y totalmente las condiciones de este astro morada del hombre. La tarea geográfica es urgente. Su intención, salvo ajustes de detalles, no requiere detenciones inútiles en el camino, sino una marcha decidida hacia fines considerablemente precisados. Se trata de llegar a establecer las formas actuales en que se encuentra organizado el planeta, por obra de su principal habitante.

En estas circunstancias, no se ve la conveniencia de teorizar en torno al sentido y función de nuestra disciplina. Y, sin embargo, es necesario hacerlo en ciertos países que no cuentan aún con la indispensable base de comprensión para emprender la labor específica. Lo es, también, para des-

errar una cantidad de prejuicios y errores que no han sido superados, incluso en gente culta, y que retardan los frutos de una especialidad utilísima en el desarrollo del mundo contemporáneo. Lo exige asimismo la responsabilidad, que nos cabe, de descender al terreno de la enseñanza secundaria y primaria para que no se continúe tergiversando el espíritu geográfico y utilizando moldes envejecidos para la difusión de conocimientos de un valor formativo y práctico indudable. Lo pide, en suma, nuestro deseo de superar un estado de cosas anacrónico, a fin de que nuestras naciones eleven el nivel de sus realizaciones geográficas.

Hay numerosas rémoras de presencia tangible en la mayoría de los países hispanoamericanos, en los cuales subsisten, en relación con el quehacer geográfico, una serie de defectos que traban el desenvolvimiento de la disciplina y la colocan en un retraso lamentable en comparación con otras naciones.

En consonancia con ello, la intención de este artículo es denunciar las fallas más comunes de interpretación y, por vía de divulgación, poner bien de manifiesto los supuestos en que hoy se asienta la marcha de la geografía. No hay la pretensión de aportar ideas originales en temas que han sido tratados en profundidad por muchos prestigiosos autores. Pero nos guía la convicción de que en nuestro país y en muchos otros de Hispanoamérica debe repicarse aún con frecuencia para abrir paso a una disciplina incomprendida y que no ocupa el lugar que por derecho le corresponde. Es lamentable encontrar personas de formación universitaria que ignoran en absoluto los avances recientes de la geografía y persisten en sostenerse con los viejos esquemas que obtuvieron con una mal transmitida información secundaria. La necesidad de luchar contra esa incompreensión nos ha hecho superar el escrúpulo de teorizar a riesgo de aparecer como ocupados en menesteres marginales a una tarea acuciosa. Los geógrafos que están al tanto de los progresos de su disciplina, podrán encontrar innecesario un artículo de este tipo. Pero abundan los seudoespecialistas venidos de disciplinas cercanas, que no han arribado a una captación certera de lo geográfico; abundan los profesores conformistas y rutinarios que, por inercia, siguen sin renovarse, manteniendo las inactuales fórmulas de una enseñanza memorista, anecdótica o inventarial; abundan los hombres cultos que se creen con derecho a opinar basados en lo que aprendieron incidental y desdibujadamente en su marcha hacia otros horizontes profesionales.

## 2. ERRORES Y PREJUICIOS EN TORNO A LO GEOGRÁFICO.

La compulsa de lo que se produce bibliográficamente en los países hispanoamericanos, de trabajos destinados a traducir investigaciones o a proporcionar elementos para la enseñanza, acusa ya una serie de manifiestos

errores de enfoque. Por lo pronto, puede anticiparse la persistencia en realizar estudios generales que —si bien necesarios para la reunión de materiales— no se acompañan de una relativa equivalencia de intentos regionales que demuestren, por lo menos, la existencia de un verdadero espíritu geográfico.

Si empezamos a analizar deficiencias, quizá debiera colocarse en un primer plano la tremenda escasez de auténticos especialistas. Hay muy pocos geógrafos. Por otra parte quienes, partiendo de disciplinas próximas, han incursionado por la geografía, en la mayoría de los casos han adoptado procedimientos y criterios caducos, y no han sabido identificarse con ese sentido especial de acercamiento a la realidad, esencial para la aprehensión del ser geográfico. No habría obstáculo en dar la bienvenida a los que, atraídos por una legítima vocación, demostraran un real interés por actuar con espíritu geográfico. Ese espíritu no tiene porqué ser un privilegio emanado de un título, sino condición nacida de una penetración por simpatía, en el cabal significado de esta palabra.

Como contraparte de lo anterior, es innegable también la indiferencia por el desarrollo de la ciencia geográfica, a la cual se considera con un valor relativo emanado especialmente de su interés descriptivo y su atractivo pintoresco, sin tener en cuenta su importancia formativa y sus alcances prácticos. Los gobiernos y, más particularmente, las autoridades en el campo científico y educativo, no se han preocupado por impulsar adecuadamente los estudios geográficos. Se da, en resumen, la paradójica situación de un desconocimiento causal de indiferencia y, como remate, una consecuente inercia que no permite combatir eficazmente esa ignorancia.

Señalados estos inconvenientes básicos, veamos cuáles son algunos de los preconceptos que atentan contra la exacta comprensión de lo geográfico.

El punto de partida es la necesaria delimitación del *campo donde se dan los hechos y fenómenos de que se ocupa la geografía*. En este aspecto, se le ha adjudicado la paternidad de temas con los que —usando de una extensión incorrecta de las disciplinas auxiliares— penetraban en la geografía general problemas completamente alejados de sus preocupaciones. Basta hojear un manual de los destinados a la enseñanza secundaria en Argentina, para advertir la inclusión, fuera de lugar y de medida, de objetos que escapan a su dominio específico. Así, son tratados cuidadosamente, por ejemplo: clasificación de los cuerpos celestes, características de los planetas del sistema solar, fases de la luna, eclipses, composición interna de la litosfera, clasificación de las rocas, etc. Por supuesto, no se trata de que esas cuestiones deban ser totalmente ignoradas por el geógrafo; pero dentro de la perspectiva de programas y planes enciclopédicos, hay que atribuir al ámbito geográfico lo que es de su real competencia: la superficie terrestre, entendida como la zona de contacto de las tres esferas constitutivas del

planeta, es decir, la litosfera, la hidrosfera y la atmósfera. Así circunscrito, se comprende que las circunstancias extrasuperficiales sólo interesan al geógrafo en la medida en que tengan influencia en el sector de su incumbencia y que, primordialmente, no debe de ninguna manera darse un desarrollo desmedido o una inclusión inconsulta a ciertas nociones astronómicas o geológicas. En verdad, campea aquí un modo de actuar que ha hecho de la geografía general el receptáculo de algunos temas que no encuentran cabida, por dificultad temporal o espacial, en otras asignaturas. Así, no extraña encontrar en esos mismos textos secundarios, un tratamiento detallado de los tipos de termómetros y barómetros, o de las características botánicas de algunas plantas cultivadas. En resumen, es indispensable limpiar a la geografía de estos agregados postizos y cuidar de la extensión adecuada en la consideración de aquello que posee un valor relativo para la explicación de los hechos de superficie.

Concedamos otro apartado a un rasgo curioso que resume, para ciertas personas, las virtudes de lo geográfico, lo rodea de un halo de excitación y de misterio, y se sobrepone al interés científico que pueda representar. Es lo que quisiéramos llamar *el exotismo en geografía*. Desde siempre ha existido la natural curiosidad del ser humano por conocer las costumbres de otros pueblos. Por otra parte, la movilidad es atributo esencial del hombre y, como consecuencia, éste ha viajado, por sí o imaginativamente, en un afán por conocer lugares distantes, usos extraños . . . O simplemente movido por el espíritu de aventura. Particularmente desde el siglo xvi, la considerable ampliación del horizonte geográfico que tanto ha significado para el progreso de la ciencia, se logró mediante hazañosas empresas de penetración por mares y tierras, que han dado abundante tema a la literatura geográfica, o a la geografía convertida en literatura. De este modo, los viajes han asumido un papel protagónico. Ha derivado de ello una resaltante atención hacia los motivos raros y lejanos, que empalidece la existencia de otros objetivos —sin duda de mucho mayor importancia— que se ligan a lo geográfico. Es sintomático de esa visión la persistencia en una modalidad de gran número de catálogos de editoriales, en los cuales la geografía no parece importante por sí misma, sino que la referencia y el llamado a sus obras se efectúa aún bajo el rubro "geografía y viajes".

Esta situación no ha dejado de provocar efectos negativos para nuestra ciencia. Uno de ellos es el menosprecio por lo inmediato y lo cotidiano como fuente de inspiración geográfica. Basta pensar en que sólo en el presente siglo se ha sistematizado el estudio de la geografía urbana y que las ciudades han constituido, hasta hace poco, campo de acción exclusivo de urbanistas y arquitectos. Es incomprensible, sin embargo, que el geógrafo, expositor fundamental de las realidades espaciales, no haya atendido en mayor medida a esos hechos concretos, muestras acabadas de la humaniza-

ción del paisaje. La bibliografía geográfica argentina no dispone de ningún estudio serio de geografía urbana y son contados los ejemplos que podamos encontrar en España y sus antiguas posesiones americanas. A mayor abundamiento, citemos el caso de Buenos Aires, la metrópoli más importante de los países de habla española, sobre la cual no existe hasta el presente una investigación que ahonde en los diferentes y apasionantes problemas de su presencia, de sus transformaciones históricas, de su morfología y estructura, de las múltiples facetas de su vida interna, de los mil matices vinculados a su aprovisionamiento, de su regionalidad esencial en la existencia de la República Argentina... Entre estas limitaciones relacionadas con lo urbano, es bien elocuente la desatención de hechos específicos de morfología urbana, entre ellos el de la casa habitación. Tricart<sup>1</sup> insiste en esa extraña subalternización frente al tratamiento, más incitativo, de la vivienda rural. El geógrafo, hijo de ambientes urbanos, ¿no se ha movido aquí también en función de aquello que trasciende sus lugares comunes? Hoy, paradójicamente, la novedad consiste en volver sobre la cercana concretez de hechos —casa urbana, calles, vida interna de las ciudades— que merecen, tanto como otros cualesquiera, una interpretación.

Cabría reflexionar, además, sobre lo que ha significado esa preferencia por los temas exóticos en la elaboración, desde el punto de vista geográfico, de una concepción determinista de las relaciones entre hombre y medio. Así lo hace notar Le Lannou, para quien se ha generalizado, en esta cuestión, mediante la trasposición de los ejemplos que ofrecía el contacto con los pueblos habitantes de las zonas marginales de la ecumene<sup>2</sup>. La estrecha adaptación del hombre a las circunstancias ambientales, en un medio en que desempeña un papel subordinado, es evidente; pero el peligro está en mantener el mismo esquema en las regiones civilizadas del planeta, donde el ser humano asume función activa en el ordenamiento de la superficie terrestre, regiones que —hay que subrayarlo— por su masa y su interés constituyen el dominio esencial de las investigaciones geográficas<sup>3</sup>.

Un defecto sustancial, del que no ha podido liberarse todavía la ciencia de la superficie terrestre, es el de ver retaceada su acción, constriniéndola a una *función puramente descriptiva*. Ha querido verse en esto una atención simplista a lo que sugiere la etimología del término geografía. Lo cierto es que, si la descripción del paisaje es el primer paso en el estudio del cuadro regional, esta aprehensión global debe luego ceder su lugar a las explicaciones, a la búsqueda de las interferencias y conexiones de la combinación, en cuya complejidad reside la riqueza del hecho geográfico, para coronar esa

---

<sup>1</sup> TRICART, J., *Cours de Géographie Humaine, Fascicule II: L'habitat urbain. Première partie: Méthodes et problèmes*, Paris, Centre de Documentation Universitaire, 1953, pp. 6-9.

<sup>2</sup> LE LANNOU, M., *La géographie humaine*, Paris, Flammarion, 1949, p. 68.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 69.

penetración indagatoria con una recomposición sintética de lo entrevisto con la primera toma de contacto. No obstante los principios básicos del método que deben ser respetados, subsiste aún un abordar lo geográfico usando de un criterio enumerativo, de un simple presentar los hechos y fenómenos, sin escharbar en el trasfondo que los explica. Esta modalidad anacrónica aflora no sólo en los sencillos manuales para la enseñanza sino también en pretendidos tratados cuya envergadura consiste, muchas veces, en la acumulación de datos y cifras, aéreos por su inconsistencia. En geografía física, es común observar que se pasa revista al tamaño de los continentes, numérica y gráficamente relacionados; a los ríos más importantes del mundo, comúnmente con la gratuita aclaración de sus medidas y la comparación de las mismas; a un prolijo señalamiento lineal del laberinto de montañas; a los océanos y mares, sometidos a idéntico tratamiento; o se recurre climatológicamente a una modesta y cómoda utilización de temperaturas medias o cantidad anual de precipitaciones, elementos que, por sí solos, hoy nada dicen de la realidad y de las necesidades de las regiones . . . En geografía humana, las páginas de ciertos libros creen cumplir su misión geográfica presentando la distribución, mundial o por países, de las razas, lenguas o religiones; la producción, comercialización y consumo —con cifras cuya actualidad no respeta el cambiante pulso de las relaciones humanas— de productos agrícolas o ganaderos; la mera ubicación —no la localización con sentido geográfico— de las principales industrias . . . En definitiva, cuatro nociones sueltas, deshilvanadas, desconectadas, que intentan ser una pintura gráfica o numerativa de una quieta realidad. Porque, también hay que mencionarlo, la intervención fundamental de lo histórico en la explicación de la fisonomía actual del planeta, es soslayada o directamente desconocida.

Sobre esta base poco puede edificarse. Resultan, como consecuencia, muchas obras que en el fondo no son más que una acumulación de datos y de estadísticas, sin ningún esfuerzo de interpretación de los mismos ni de reubicación en el complejo al cual pertenecen. Donde es más visible este despropósito es en las tan comunes geografías económicas que desgajan un aspecto de la actividad del hombre y, por añadidura, lo reducen a una fría presentación de productos, dentro de una pretendida orientación geográfica dada únicamente por la distribución de los objetos que en este caso interesan. Un ejemplo elocuente de esto puede encontrarse en un libro llamado de *Geografía Económica de América*<sup>4</sup>, cuyo plan es rigurosa y rígidamente un eslabonamiento de cifras y someras descripciones incidentales: población del continente americano (tipos raciales, densidad, capacidad, totales, lenguas habladas), analfabetismo (cifras totales y porcentajes

<sup>4</sup> DE SANTILLÁN, D. A., *Los fundamentos de la Geografía Económica de América*, Buenos Aires, Editorial Américalee, 1945, 246 p.

por países), generalidades acerca de la configuración del terreno (6 páginas de descripciones completadas con estadísticas), distribución política actual del continente, economía americana (industria, riqueza agrícola, riqueza ganadera, riqueza minera, productos de exportación), etc. El mismo esquema se sigue luego para los diferentes países, hasta completar el volumen. No puede desconocerse la legitimidad de parcializar adecuadamente una rama de la geografía humana. Pero debe hacerse dándole el enfoque que corresponde y evitando la forzada fabricación de un *homo oeconomicus*, peligrosa abstracción que oscurece frecuentemente la visión del hombre, íntegramente empeñado en las tareas que provoca su enfrentamiento con el medio en que se encuentra inmerso.

Finalmente, dejemos sentada desde ahora una confusión que subyace en este tratamiento inventarial de la geografía: la de creer que basta con distribuir hechos y fenómenos para otorgarles sentido geográfico. Se identifica, apresuradamente, lo cartográfico con lo geográfico. Esta apreciación es también un error en los manuales, error que se repite con frecuencia; pero que es más común cuando se hace biogeografía o geografía humana. Por ejemplo, se señalan en qué partes de la superficie terrestre se encuentran las distintas formaciones vegetales o, menos aún, la extensión de plantas características, con lo cual no se sale de la botánica, pues faltan las necesarias conexiones locales y la aprehensión integral que postula para los distintos espacios la geografía regional. Este defecto es incluso más acusado, en ciertos textos de uso corriente en la enseñanza, con algunos añadidos extemporáneos que claramente apelan a esa distribución y no van más allá de ella: se sientan las formas de gobierno de los distintos países, o las religiones que éstos practican, o los tipos raciales que imperan, o las lenguas que se hablan... Así presentado, quedamos siempre en lo cartográfico enumerativo, con lo cual la geografía se traslada al plano de las curiosidades y no cumple su esencial misión, explicativa de las realidades espaciales. Es decir, subsiste el inventario.

Punto clave es el relativo al carácter de la disciplina. ¿Es una ciencia natural o, por el contrario, su interés mayor se vuelca en lo humano? ¿La acción del hombre constituye el punto de vista fundamental o es sólo un añadido subordinado a la absorbente presencia de lo físico? En nuestros países se mantiene, como arraigado prejuicio, la idea de que la geografía es esencialmente una ciencia natural. Reflejo de ello es la resistencia a incluirla en las facultades de humanidades, lo cual representa, a esta altura de la evolución de la ciencia geográfica, una verdadera aberración. En América hispana, los representantes de las disciplinas consideradas tradicional e incuestionablemente humanísticas, suelen mirar como intrusa a esta nueva hermana, venida a incorporarse, inopinadamente, a un ambiente inconciliable

con ese contenido que se le atribuye, el cual cerca el pensamiento con montañas, llanuras, mares, ríos, lagos, desiertos, bosques, viajes...

Esta superioridad de lo físico frente a lo humano, en geografía, tiene su razón de ser. Los mayores progresos de ella han llegado después de la segunda mitad del siglo XIX, lo cual coincidió con una época de prodigioso e ininterrumpido avance de las ciencias naturales. El papel del hombre en la constitución de la superficie terrestre apareció, en consecuencia, disminuido. En la clásica división de lo geográfico —físico y humano— este último aspecto quedó relegado. Y así ha persistido, como una antinomia con un vencedor, esta dualidad de campos que hoy sabemos deben integrarse según una relatividad variable en tiempo y espacio. Es defecto arraigado de obras de investigación y manuales para la enseñanza, esta subalternización de lo humano-geográfico. Siempre se da un desarrollo preferencial y desmedido a lo natural, como cuadro en el cual se entremezcla tímidamente el hombre. Hablando de capítulos, las llamadas geografías generales reservan sólo dos o tres, como modestos apéndices, a la ilustración de los aspectos humanos en geografía, mientras se extienden desproporcionadamente en el detalle de lo físico, aumentado con inclusiones inconsultas que ya hemos señalado antes. En lo que hace a los intentos de explicación de sectores espaciales restringidos, la misma complejidad de los hechos humanos así como la escasa frecuentación de estos temas, obliga a una muy somera presentación, que contrasta la mayoría de las veces con la cuidadosa consideración de los hechos físicos, especialmente de lo geológico. Ejemplifiquemos con algo que tenemos muy a mano. La *Geografía de la República Argentina*<sup>5</sup> editada por la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, esfuerzo valioso como reunión de materiales propios de una geografía general, consta hasta el presente de diez volúmenes dedicados a la geografía natural, de los cuales prácticamente tres son de geología. La parte humana aún no ha aparecido. Se comprende: inercia en la preferencia temática, complejidad atemorizadora de problemas geográficamente infrecuentes, ausencia de especialistas en estas cuestiones, han dado un vigor decisivo a las dificultades editoriales.

Debemos relacionar este mayor progreso y esta supremacía, con una circunstancia cuya tangibilidad permite afirmar aun más esta preponderancia: es el papel abrumador de lo físico en América. Los europeos, en mejores condiciones para apreciar la diferencia con sus tierras de origen, se asombran ante las dilatadas extensiones apenas holladas por el pie del hombre y advierten, comparativamente, la presencia anonadante de las montañas, la selva o el río colosal, los cuales conocen sólo la fugaz incursión de los grupos humanos. La naturaleza domina allí con soberbia elocuencia, con la incontrastable fuerza de sus interminables espacios iguales y sus

---

<sup>5</sup> SOCIEDAD ARGENTINA DE ESTUDIOS GEOGRÁFICOS GAEA, *Geografía de la República Argentina*, t. I-VIII (Buenos Aires, Coni, 1947-1957).

fatigosas distancias. Véase —para citar un ejemplo— la impresión que esta realidad produce a un francés, Albérès<sup>6</sup>, a quien su prolongada permanencia en Argentina, "pays d'horizons", no le permitió sin embargo reponerse del impacto provocado por la repetida imagen de las distancias y de la soledad en tantos inmensos espacios despoblados.

Como conclusión de lo dicho, es comprensible que la atracción provocada por los firmes progresos de las ciencias naturales haya llevado a su preferente atención dentro de una disciplina que debe asentar sólidamente sus investigaciones en un adecuado conocimiento de lo físico. En muchos países de América ha contribuido a mantener el desequilibrio la innegable sugestión y el rico venero científico de una naturaleza virgen. Como causa y consecuencia a la vez, fueron sobre todo naturalistas quienes se arrimaron al árbol de la geografía, contribuyendo, sí, a sus avances; pero dándole una errada dirección en la cual lo humano pasó a ocupar un lugar secundario, a constituir un modesto agregado de un relevante escenario natural.

Un apartado más a propósito del *papel del geógrafo en la colectividad*. Pocas son las naciones que han comprendido hasta ahora la importante tarea práctica que él puede cumplir en la superación de muchos de los problemas que preocupan a este mundo en creciente complejidad. En otras páginas de este mismo Boletín pueden leerse las reflexiones que M. Phlipponneau dedica a la necesidad de difundir la geografía aplicada. Allí se destaca que la idea de su utilización práctica sólo ha ganado terreno en Estados Unidos y escasos países europeos. En la misma Francia, se busca trabajosamente su concreta aceptación.

Pues bien, el panorama negativo existe incuestionablemente en Hispanoamérica, donde no se reconoce la importancia que la intervención del geógrafo puede significar en la empresa activa de ordenamiento de la superficie terrestre. La situación actual, desde el punto de vista profesional, ofrece a quien estudia geografía una única posibilidad de trabajo: el profesorado, la enseñanza. Cuando se debe recurrir a asesores para distintos programas de instalaciones humanas, para la organización técnica y económica en el ámbito rural, para planeamientos urbanísticos o, en fin, para la planificación en diferentes órdenes de actividades, los equipos que se integran no tienen nunca en cuenta al geógrafo, cuya colaboración, sin embargo, es de inapreciable valor. Se prefiere, por el contrario, a gente cuya especialización de carácter más restringido —agrónomos, ingenieros, abogados, economistas— sin perjuicio de su particular capacidad, no es una garantía de dominio integral de las facetas tan variadas que concurren a la estructuración de cualquier proyecto de asentamiento humano. El alcance de la disciplina y el horizonte profesional de quien la cultiva se ven así depreciados, exclusivamente por ignorancia de lo que realmente significa.

---

<sup>6</sup> ALBÉRÈS, R. M., *Argentine. Un monde. Une ville*, Paris, Hachette, 1957.

Por último —y pudo ser lo primero— hay que quejarse de la *falta de sentido geográfico* que impera en las obras y en sus ejecutores. Para empezar, ya hemos puntualizado la tendencia hacia los trabajos de carácter general. Por supuesto, es muy necesario el conocimiento parcial de los elementos que concurren a la integración de los diferentes paisajes, y en ello reside uno de los méritos indiscutibles de la geografía general. Todo lo que se haga en este sentido es de suma utilidad, siempre que signifique una penetración en profundidad que contribuya a esclarecer, por comparación, los matices con que un mismo hecho puede darse en la superficie terrestre. Así entendidos, los estudios generales constituyen un buen paliativo de conclusiones apresuradas cuando, antes del intento regional, no existe una medida aprehensión de las circunstancias particulares cuya combinación da lugar a la reconstitución del paisaje. Lo mismo puede decirse de la necesidad del dominio de las técnicas generales aplicables a la investigación regional.

No obstante, muy diferente es el caso de la insistencia sistemática en fabricar los grandes esquemas sin aplicarlos a la recomposición de las unidades paisajísticas. Porque la presentación reiteradamente desconectada de los hechos no representa primordialmente un fin geográfico, y porque también es indispensable el conocimiento de lo regional para hallar los casos cuya comparación nos permite encontrar los relativos visos de generalidad que en ellos se dan. La geografía general y la geografía regional deben apoyarse mutuamente. Pero —aun a riesgo de fatigar— insistamos en que la presentación de los hechos como capítulos desconectados atenta contra el esencial carácter sintético de lo geográfico y reiteremos que lo regional es su coronamiento.

Estos principios no se respetan. Hay una mentalidad "generalista" que se manifiesta en la preferencia por las obras así orientadas y, cuando se pretende estudiar un sector de la superficie terrestre —llámesele municipio, departamento, provincia, nación— en la obediencia a esquemas lineales, donde falta la valoración relativa de los componentes y se confiere un desarrollo desmedido a hechos que no tienen ningún peso en la explicación. En el número 26 de este boletín hemos comentado la aparición de una obra<sup>7</sup> cuya auspiciosa presentación y el esfuerzo editorial que ha representado, no conciden con su plan, que se reduce, fundamentalmente, a una nueva acumulación de materiales, por capítulos, de las diferentes facetas de la República Argentina: historia del conocimiento geográfico, el territorio y las fronteras, geología regional, regiones naturales, clima, hidrografía, el mar y las costas, orografía, fitogeografía, suelos, conservación de los suelos, etc. El tomo quinto, editado en 1960, presenta los siguientes aspectos: recursos de la fauna, mamíferos, aves, reptiles y batracios, el dominio acuático, los

---

<sup>7</sup> *La Argentina. Suma de Geografía*, Dirección de Francisco de Aparicio y Horacio A. Difrieri, t. I-IV (Buenos Aires, Peuser, 1958-59).

peces y las actividades económicas derivadas, entomología económica, bosques y maderas, y parques nacionales. Como se advierte, pues, se han abordado separadamente distintas cuestiones, sin arribar a una recomposición por regiones, salvo un esbozo prematuro de las unidades naturales. No desconocemos el valor de algunas aportaciones; pero la suma de ellas no puede sustituir lo que la madurez geográfica de la República Argentina ya está exigiendo: un trabajo en el cual se encare la realidad regional, previa una correcta delimitación que atienda a la influencia de lo humano en la caracterización de los sectores del país.

Considerando ahora los estudios regionales intentados, la falta de sentido geográfico de los mismos se muestra en dos direcciones: una, la ya enunciada como derivación de preconceptos afirmados en la inexistencia de práctica; otra, la no consideración de algunos temas esenciales para completar la visión regional. En el primer caso, incluimos el seguimiento incondicional de una fórmula estática, aplicable en todas las circunstancias, por la cual, luego de la presentación de la zona a tratar, se atacan sucesiva e invariablemente los aspectos naturales (geología, relieve, clima, hidrografía, vegetación y fauna) y humanos (reducidos comúnmente a población y economía). Se descuida aquí la faz diferencial de las regiones, en las cuales debe haber, evidentemente, un rasgo o un problema resaltante y que merezca un análisis más detenido. Más aun, en este tratamiento anquilosado, se demuestra la mayoría de las veces una especial predilección por profundizar y extender desmedidamente lo geológico, lo meteorológico o lo botánico, aunque desempeñe un papel secundario y tenga escaso o nulo valor como base aclaratoria de lo geográfico. Esto último se liga, por oposición, a la segunda falla que hemos mencionado: la omisión de asuntos que realmente se relacionan con lo geográfico. Es muy raro encontrar en Hispanoamérica, en artículos de geografía regional, la inclusión de aspectos fundamentalmente geográficos desde el momento que son un llamado inmediato a las cosas de la tierra: técnicas de cultivo, régimen de la propiedad, modo de explotación, relación del poblamiento y la actividad económica... Pueden leerse en otra parte de este mismo número del boletín (p. 180), en una crónica del Prof. Gaignard, los informes sobre las novedades bibliográficas más recientes, en Francia, con respecto a los apasionantes problemas de las estructuras agrarias, hasta ahora no contemplados en las investigaciones geográficas de nuestros países.

En relación con este punto, una objeción muy seria debe hacerse en cuanto a la delimitación de las regiones. Objeción que se liga a la ya comentada subordinación de lo humano. Habitualmente el hombre ha sido encerrado en cuadros naturales, administrativos o históricos, dentro de los cuales se estudian las formas de su actividad. Aun cuando las colectividades, con su organización especial, impongan una fisonomía peculiar a la co-

marca, lo usual es fijar un marco independiente de esa impronta humana. Piénsese sólo en las regiones tradicionalmente conocidas en Argentina: Mesopotamia, Pampa, Chaco, Patagonia, Andes, Noroeste, Cuyo . . . Atienden a la hidrografía, el relieve, la vegetación, la historia, etc. El grado de extensión de todas las formas inherentes a la organización de un cultivo, de una explotación minera; o a la influencia de una gran ciudad, no han sido nunca tenidos en cuenta para estos fines.

Un poco marginalmente, en lo tocante a las regiones, digamos que el primer equívoco a superar en nuestros países —aunque parezca pueril su enunciación— es el del verdadero alcance de la palabra regional. Ésta no significa geográficamente, como muchos suponen, una atención a lo inmediato, a *nuestra* región, sino un criterio metodológico en la captación de la realidad, que debe aplicarse en los distintos rincones del globo.

### 3. RASGOS DISTINTIVOS DE LA INDEPENDENCIA Y UNIDAD DE LO GEOGRÁFICO.

Hemos pasado revista a los que consideramos como principales defectos que atentan contra la justeza conceptual y metodológica de lo geográfico: ampliación incorrecta de su dominio, desatención de lo inmediato por vía de una atracción absorbente de lo lejano y exótico, enfoque puramente descriptivo e inventarial en los manuales de enseñanza y aun en los trabajos de investigación, atención preferente de lo natural, desconocimiento de su importancia práctica, y falta de sentido geográfico especialmente en los estudios regionales. Sin ánimo de entrar al campo de las definiciones limitativas, y mucho menos de pretender agotar todos los argumentos que pueden evitar equívocos y sentar criterios definitivos, veamos solamente cuáles son los rasgos distintivos de lo geográfico, sobre la base de una aclaración de los errores y prejuicios señalados en la segunda parte de este artículo.

Ante todo, corresponde precisar el campo de estudio de la geografía. Ya se anticipó que éste se limita a la superficie terrestre, por la cual debe entenderse la zona de contacto de la litosfera, hidrosfera y atmósfera. Coincide con el espacio en que se desarrolla lo vital planetario, es decir, con lo que se ha dado en denominar biosfera. Más particularmente, este dominio es de interés para la geografía ya que en él inscriben su actividad las colectividades humanas. En consecuencia, debe reiterarse que lo que ocurre en las capas internas de la corteza terrestre, en las profundidades marinas, y en las altas capas de la atmósfera o más allá de ellas, sólo debe ser considerado en cuanto influya en los hechos de superficie. Y teniendo en cuenta el apoyo que esas incursiones representan, tanto la geología como la oceanografía, la meteorología y la astronomía son valiosas disciplinas auxiliares; pero no

deben ultrapasar su función aportando temas y métodos a la ciencia de la superficie terrestre.

Una definición, de fórmula concisa y a la vez comprehensiva, dice que la geografía es la ciencia del paisaje. Para aceptarla, no hay que otorgar a éste una plasmación estática, sino tener bien presente que constituye una trama de gran complejidad para cuya dilucidación es menester recurrir a todo tipo de explicaciones y, muy especialmente, a su evolución histórica, clave de interpretación. Si adoptamos este criterio amplio, es comprensible que los paisajes inmediatos deban ser de nuestra incumbencia en la misma medida que cualquier espacio lejano. Por ejemplo, hay que reivindicar a lo urbano —caso más palpable de este descuido— como un muy interesante objeto de atención. Al igual que cualquier hecho concreto de superficie, no le quita sentido geográfico la circunstancia de que, para su explicación, haya que recurrir frecuentemente a motivos de orden histórico, social o económico. Bien merecen las ciudades el cuidado de arquitectos y urbanistas en el terreno específico que les compete. Pero la intervención del geógrafo es importantísima, teniendo en cuenta las características de su misión. Viene aquí al caso insistir en que la geografía es una ciencia de la realidad, condición que se hace evidentísima al aplicarse a las aglomeraciones. En efecto, hoy preocupa el crecimiento extraordinario de muchas grandes urbes y se constituyen comisiones destinadas a adoptar normas para superar la inorganicidad actual y para prever el adecuado ordenamiento futuro. Pero no se tiene presente que, para planificar, es necesario un previo y correcto conocimiento de la realidad. El urbanista y el arquitecto, en sus empeños por forjar una urbe *como debe ser*, requieren un acertado anticipo de *cómo es*. Esto es lo que hace el geógrafo. Y su tarea, así orientada, es tanto más valiosa cuanto que su misma formación lo lleva a contemplar todos los aspectos que se interpenetran para conferir su fisonomía propia a la ciudad. Esa visión de conjunto es fundamental para que el equilibrio que se pretende lograr no se quiebre por alguna de las partes.

Así como, con relación a la tendencia a interesarse sobre todo por lo lejano y raro, nos hemos referido a la atención de lo urbano como motivo de investigación, la reflexión más amplia concierne a la necesidad de abrir camino al conocimiento de lo local y nacional. Además de lo que representa como fuente de inspiración y de experiencia, lo pide la pedagogía, que ha refirmado la conveniencia de partir de lo cercano y verificable para una mejor formación geográfica. Sin desinteresarse, pues, por todo lo que ocurre en la superficie terrestre, hay que despojar a la geografía de ese matiz exótico, que ha provocado, en gran parte, una desviación de los intereses primordiales de la ciencia.

Hay que combatir con denuedo a la geografía inventario. En el siglo pasado, mientras la geografía buscaba su derrotero conceptual y metodoló-

gico, muchas ciencias naturales aparecían ya armadas con procedimientos seguros y un campo de atención claramente delimitado. Nuestra disciplina, obligada por esencia a sintetizar la realidad acudiendo a materiales que interesan también a otras, debió soslayar su momentánea insuficiencia mediante un rozar superficialmente los innumerables objetos de que se ocupa, es decir, una intervención puramente descriptiva que no le provocara interferencias incómodas. Se le reservó así una modesta función distributiva de aquello cuya pertenencia reivindicaban firmemente para sí las otras ciencias. Y esto era fundamentalmente compatible con lo descriptivo, lo inventarial, lo cartográfico. Hoy, que ha afirmado los alcances de su intervención explicativa de la realidad y adquirido precisión metodológica, aquel papel subalterno no tiene porqué subsistir. Va en ello, antes que nada, su valor formativo como asignatura incluida en los planes de enseñanza. Esta frustración de sus méritos no es despreciable. La geografía debe representar, en manos del educador, un poderoso medio para despertar inquietudes y llevar al alumno a una continua ejercitación mental. Para ello no debe limitarse a una simple presentación de los hechos y de su ubicación, sino responder constantemente a los cómo y los porqué. La permanente inferencia de los factores que constituyen los complejos hechos geográficos, el relacionar los mismos, la búsqueda acuciosa de causas y efectos, deben estar siempre en la preocupación de quien enseña y en la actividad del estudiante. La explicación en geografía es ineludible, y es una garantía metodológica para la fortificación del raciocinio. Esta finalidad sólo puede lograrse abandonando la vieja marcha exclusivamente descriptiva de los hechos y fenómenos geográficos, y preocupándose por dar papel preponderante al principio de conexión de los mismos.

A mayor abundamiento, si criticamos el inventario frío y sin ilación, debemos hacer otro tanto con el errado concepto de que la geografía estudia la distribución de los hechos en la superficie terrestre. Nos parece —y así lo hemos puntualizado en una comunicación presentada a la XXII Semana de Geografía Argentina—<sup>8</sup> que se confunde en este caso lo geográfico con lo cartográfico entendido restrictivamente, como mera tarea de ubicación en un mapa. La intención geográfica no puede limitarse a la labor de repartir el hecho, ya que eso está en las preocupaciones de cualquier ciencia. Lo dice Penck: "... ella [la geografía] no se transforma en la ciencia de la distribución de los fenómenos sobre la superficie terrestre en total. Tal como es su objetivo el de encontrar la distribución de los objetos singulares de la superficie terrestre que le son propios, así es la tarea de otras ciencias como ser: Mineralogía, Botánica, Zoología, de averiguar la distribución de

---

<sup>8</sup> ZAMORANO, M., *Geografía y Cartografía*. Comunicación presentada a la XXII Semana de Geografía, Buenos Aires, 1960, en vías de publicación.

sus particulares objetivos [sic]"<sup>9</sup>. Y agrega después: "La geografía de los animales y plantas tomada como ciencia de su *dispersión*, no pertenece a la geografía"<sup>10</sup>. Lo cartográfico es base para la interpretación de la realidad geográfica y ésta se afirma en la búsqueda de las conexiones locales de los fenómenos. No basta con señalar la dispersión, sino que es más propio hablar de localización, si damos a este término el contenido amplio que le atribuye del Villar, es decir, entendida como situación en conexión o, más explícitamente, como lococonexión, ya que el aspecto propio y exclusivo de la conexión entre los factores geográficos es el aspecto local<sup>11</sup>. Cuando nos quedamos más acá de esta finalidad esencial, hacemos cartografía enumerativa. Esta observación hay que tenerla muy en cuenta cuando se abordan objetos de tratamiento geográfico delicado, a los cuales no basta repartirlos para incorporarlos a nuestras preocupaciones: tal el caso de la mera distribución de lenguas, razas o religiones. Siempre debe tenerse a la vista la explicación por vía de las interdependencias y —otra cuestión a respetar— la referencia mediata o inmediata a la tierra. Esto último es otro factor orientador. Por ejemplo, se procede como hemos dicho cuando se ponen en fila en la memoria los sistemas de gobierno que imperan en los diferentes países, se les da una representación cartográfica y se los incluye como capítulo geográfico. Mientras no hallemos motivaciones o consecuencias telúricas estamos cabalgando sobre hechos que son fruto exclusivo de las convenciones humanas y, por lo tanto, nos hemos apartado de lo geográfico. La geografía —puede recalcar este rasgo— "está fundada sobre una disposición a considerar las cosas en función de la tierra"<sup>12</sup>. Una de las cualidades del geógrafo debe constituir esta disposición para captar ese llamado de la tierra, soporte de las organizaciones humanas.

La geografía representa, de un modo amplio, una forma de encarar la realidad, hacia la cual se proyecta con el deliberado intento de aprehenderla en toda su complejidad, buscando prolijamente el juego de causas y efectos, la interdependencia de las cosas, que dan sentido integral a dicha realidad. En ella, el hombre desempeña un papel fundamental y por esa sola razón merece una consideración preferente. No es necesario abundar mucho para dejar bien sentado que el ser humano —operando sobre todo de manera colectiva— es un agente geográfico de primerísima importancia y ha inscrito su presencia en la superficie terrestre mediante profundas transformaciones. Los paisajes humanizados abarcan hoy enormes extensiones de nues-

---

<sup>9</sup> PENCK, A., *La Geografía actual*, Versión castellana por Guillermo Rohmeder y María A. Reynaud, Tucumán, Instituto de Estudios Geográficos, 1948, p. 25.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>11</sup> DEL VILLAR, E. H., *La definición y divisiones de la Geografía dentro de su concepto unitario actual*, Buenos Aires, Publicaciones Argentinas de Geografía Científica, 1949.

<sup>12</sup> SORRE, M., *Rencontres de la géographie et de la sociologie*, Paris, Rivière, 1957, p. 51.

tra Tierra y las posibilidades del hombre como organizador son infinitas e imprevisibles. Los adelantos técnicos contemporáneos dan pie para suponer que su huella ha de grabarse revolucionariamente en el futuro hasta no dejar, prácticamente, rincón alguno sin su marca. Este solo elemento de juicio sirve ya para demostrar la conveniencia de abrir paso a una mayor atención de lo humano y superar el estado de cosas por el cual ha jugado corrientemente un papel subordinado.

Pero esta primacía de lo humano, tiene fundamentos más sólidos, vinculados al logro de la unidad de nuestra ciencia. Sin perjuicio de que su enfoque característico inspire la penetración intelectual en el campo físico-natural, se considera hoy que la orientación de las búsquedas en función de la actividad del hombre, ha de evitar la dispersión de fuerzas y la intromisión en terrenos que no le son propios. Sólo el hombre es el ser vivo en condiciones de proceder a la organización del planeta. Él moldea las regiones utilizando para sus fines los elementos físicos y biológicos según una dirección, feliz o desafortunada, que se debe a su intervención creciente. La actividad del principal habitante y organizador de la superficie terrestre, entonces, tiene que servir de núcleo o foco aglutinante cuando se trata de estudios regionales. A partir de la aceptación de este supuesto, lo correcto es interesarse por los hechos físicos en la medida en que sirvan a la comprensión de esa actividad. ¿Para qué dedicar páginas y páginas a la profundización de la geología de una región cuya fuente de vida es la agricultura? Inversamente, será imprescindible incorporar esas nociones geológicas para justificar el porqué de una explotación minera. Se ha de lograr así un equilibrio entre lo físico y lo humano, en la consideración de las regiones; no un equilibrio igualitario, sino fundado en la necesidad de ponerse al servicio del elemento de convergencia de la tarea organizativa: el hombre. Sobre la base de esta atención primordial de la actividad humana puede llegarse a la unidad de la geografía o, si se prefiere, de la geografía regional. Eminentes geógrafos refirman esta importancia de lo humano como factor de unidad. P. George dice: "La geografía entera es una ciencia del hombre o, más exactamente, de las colectividades humanas en su cuadro espacial. En mi opinión, la misma geografía física debe definirse como un estudio de los complejos naturales en la medida en que están ligados al ejercicio de las diferentes actividades humanas por procesos recurrentes . . . El estudio de un hecho físico en sí, considerado como un fin, sale del dominio de la geografía, cualquiera sea su interés propio"<sup>13</sup>. Y agreguemos con A. Cholley: "Se repite desde hace mucho tiempo que la geografía, en particular la geografía humana, es ante todo antropocéntrica. Vemos ahora qué sentido conviene atri-

---

<sup>13</sup> GEORGE, P., *À propos de l'enquête sur les rapports de la géographie humaine et de la géographie économique*, citado por LE LANNOU, M., *op. cit.*, p. 33, nota 1.

buir a esta expresión. No se trata, evidentemente, tanto del hombre en sí mismo como de las transformaciones que es capaz de imponer a las condiciones naturales para forjar un medio más apropiado al ejercicio de su actividad. Este principio, lo veremos más adelante, es esencial, porque es el único que permite dar a la geografía el carácter de un conocimiento científico y fundar su unidad”<sup>14</sup>.

Una geografía así concebida, atenta a la labor creadora del hombre como estructurador del paisaje, acredita sumo valor práctico. Sus especialistas están en condiciones de intervenir activamente en todo intento de apoderamiento del medio a fin de obtener recursos para la subsistencia y el bienestar de las sociedades, o bien en la reconsideración de viejas fórmulas inadecuadas para la explotación de las comarcas. La geografía debe reivindicar para sí un puesto de primer plano en toda planificación. En el comienzo de una obra reciente sobre estos temas, Freeman declara categóricamente, antes de entrar en cualquier otra consideración, que “el planeamiento tiene una ineludible base geográfica”<sup>15</sup>. Una cantidad de países reconocen ya esta función eminentemente práctica del geógrafo, y éste es solicitado de manera permanente o para asesoramientos, no sólo por las reparticiones del Estado sino por diversas empresas privadas. Esto representa una posibilidad de trabajo que abre un nuevo horizonte junto al tradicional de la enseñanza. Cuestiones de geomorfología, de geografía política o geografía económica, cuentan hoy con la guía inestimable del geógrafo. Su actuación es también indispensable en lo referente a la conservación de los recursos naturales. Ya se sabe toda la importancia que la escuela norteamericana concede al problema del uso de la tierra y, en fin, la técnica del geógrafo es utilizada por organismos de planificación para encarar aspectos de política agraria.

¿Cuáles son las virtudes que se le reconocen al geógrafo para su empleo en realizaciones prácticas? En primer término, por conducto de su misma formación, dispone de una visión integral de los problemas, muy superior a la de otros profesionales. Esa capacidad es lógica consecuencia de la constante ejercitación en penetrar la realidad tratando de captar las interdependencias de elementos que se condicionan y se suponen unos a otros, bajo la forma de combinaciones de variada riqueza. No hay que olvidar en este sentido, que su especialización lo obliga al conocimiento del cuadro físico y, consecuentemente, al de los factores biológicos y humanos que intervienen en la conformación del paisaje, con cuidado de adjudicar a los componentes la importancia relativa que en cada caso les corresponde. La mayor parte de los fracasos habidos en la implantación de grupos humanos en un medio nuevo,

---

<sup>14</sup> CHOLLEY, A., *La Géographie (Guide de l'étudiant)*, Paris, Presses Universitaires de France, 1951, p. 25.

<sup>15</sup> FREEMAN, T. W., *Geography and planning*, London, Hutchinson University Library, 1958, p. 13.

ha sido provocado por la parcialización de los problemas entrevistados y, en consecuencia, de las soluciones sugeridas, con lo cual se han alterado equilibrios móviles de estructura compleja. Por supuesto, es aconsejable siempre el trabajo en equipo; pero, dentro de él, cabe dar un buen lugar al geógrafo, eslabón valioso, que puede desempeñar una eficiente función de coordinador. Hay que pensar que nadie como él ha tenido oportunidad de abrazar tal vastedad de campos, con esa específica misión de enlace.

El geógrafo debe ser —ya lo dijimos a propósito de su participación en la organización de lo urbano— un verdadero artífice para el sólido conocimiento de la realidad, de una realidad integrada, base indispensable para que el técnico actúe luego ceñido a la dirección de su especialidad. La interferencia —que tanto se teme— con la actuación de agrónomos, sociólogos o economistas, queda así eliminada y, por el contrario, la complementación es una garantía de buen trabajo, siendo el geógrafo coordinador y preparador del sustrato. La misma visión integral a que ya hemos aludido es sumamente valiosa cuando se trata de orientar a reparticiones y empresas en cuestiones de geografía física, en sus diversas ramas: geomorfología, hidrología o climatología. Sobre este punto pueden leerse las últimas experiencias de que da cuenta M. Phlipponneau en su artículo.

A lo largo de las páginas precedentes se ha apuntado ya en más de una oportunidad cuál es el punto de vista esencial de lo geográfico. Su verdadero espíritu apunta al conocimiento de las combinaciones de hechos y fenómenos que se dan en la realidad, e indaga allí teniendo siempre en cuenta la convergencia de elementos o de factores de orden diverso. Es, por sobre todo, una disciplina de síntesis. Dentro de la vieja dualidad de geografía general y geografía regional, esta última representa, por su orientación, un criterio metodológico que se afirma en ese espíritu. La geografía general, en cambio, cumple una importantísima función al reunir los materiales, profundizar en la comprensión de los mismos, instituir categorías y términos, dar la posesión de técnicas precisas para introducirse en lo regional, etc. Todo ello sin perjuicio de considerar que, día a día, la visión en escala planetaria de los problemas referentes a la organización de la superficie terrestre, lleva a la identificación de objetivos de ambas ramas geográficas.

Esta manera de aproximarse a la realidad debe efectuarse sin prevenciones, sin esquemas preconcebidos. Hay que tener presente para ello que, dentro de los complejos regionales, no existe una causalidad lineal, un sistema jerarquizado que se repita. El estudio de una región no puede constituirlo una serie de capítulos en que se consideren, en el mismo plano, el relieve, el clima, la hidrografía, la vegetación, y la instalación humana. Las causas, en geografía, son precarias, y su importancia relativa varía en el espacio y en el tiempo. Por consiguiente, no puede establecerse *a priori*

ta superioridad de lo físico o de lo humano, con lo cual queda eliminado el viejo modo de pensar en ambos como dos abstracciones enfrentadas. El determinismo no tiene punto de apoyo en cuanto contemplemos, objetivamente y en los distintos cuadros espaciales, la variable importancia de los factores que actúan en cada caso. Dentro de la combinación a estudiar, todas las circunstancias intervinientes deben ser consideradas para llegar a la síntesis y el papel preponderante puede ser asumido por diversos elementos.

Como una última reflexión, volvamos sobre la delimitación de las regiones. Si la unidad paisajística puede ser establecida sobre la base de elementos naturales en aquellas regiones en que los grupos humanos están prácticamente ausentes, no puede aceptarse el mismo punto de vista cuando dichos grupos intervienen ostensiblemente. No debe olvidarse que en las combinaciones en que está incluido, el hombre juega el principal papel, ya que su actuación sobre los elementos físicos y biológicos es lo que permite el funcionamiento del complejo regional. En consecuencia —en esto insiste Le Lannou<sup>16</sup>—, el área donde predomina un determinado tipo de organización debiera circunscribirse *a posteriori*, una vez establecido el alcance y poder de la combinación, y la fórmula para la delimitación debe apoyarse en los modos de actividad con los cuales el hombre imprime su sello al paisaje y estatuye un ordenamiento en función de la tierra. No puede procederse de otra manera si aceptamos la tónica humanística de lo geográfico y somos consecuentes con el objetivo que constituye el punto de partida de la investigación: el estudio de las instalaciones de los grupos humanos en el planeta.

---

<sup>16</sup> LE LANNOU, M., *op. cit.*, troisième partie, passim.